

Estación en curva

Jonás Vega Morera

IANO

*Para los que pensaron que se trataba de
un juego, de un nuevo capricho.*

Para todos los demás.

*Para Gustavo, Jacinta, Menchu, Josune y
Agurtzane, en primer lugar.*

Para todos los demás.

Índice

PREFACIO	13
La mala muerte en Marruecos.	15
I parte.	15
II parte.	27
III parte.	43
IV parte.	49
V parte.	55
Las pasadoras.	59
I parte.	59
II parte.	73
III parte.	83
IV parte.	93
V parte.	105
VI parte.	109
EPÍLOGO	111
BONUS TRACK	115
La víctima del skin.	117
Mi príncipe azul.	135
El secreto de Julián López.	151
Un e mail.	169

Estación en curva

PREFACIO

“La edad me ha vuelto severo con las faltas de los otros, y aunque soy más paciente con todo, no tengo ya condescendencia. No consiento conductas demasiado extraordinarias ni manías que no conozca en mi mismo. Soporto la compañía de muy poca gente, y de casi todos llego a tener una opinión terrible después de algún tiempo. Censuro sus costumbres, pero no las predico, sino que me aparto”.

Luisge Martín. *La muerte de Tadzio*

Creemos que el tiempo nos pertenece, que es nuestro. Nuestro, y de cuantos hombres y mujeres de éxito han dispuesto de él. Como si el mundo, antes de nosotros, y también antes de aquellos que triunfaron, hubiera estado vacío.

Y somos capaces de fingir ignorar que estuvo lleno de fiesta y de tragedia, atiborrado de otros hombres y mujeres que, después de exprimirlo, envejecieron, dejándonos paso.

Olvidamos que nosotros mismos somos la vida como antes lo fueron ellos. Como llegarán más tarde otros.

Y que nunca será nuestro: que pasaremos.

Existe un deseo general de lograr la **felicidad**. Pero, ¿qué queremos alcanzar cuando hablamos de **felicidad**? Y,

¿qué entendemos unos y otros por disfrutar de un estado de *felicidad*?

Los personajes de estos dos relatos, David y Emilio, dispares, desiguales, diferentes, e incluso divergentes, harían lo que fuera por acariciar la *felicidad*. Todo lo que tengan a su alcance para recalar en ella. Sin embargo, todos, cada uno de ellos, eligen caminos dispares, desiguales, diferentes, e incluso divergentes; y, sin embargo, no podemos decir de ninguno de ellos que no la desee.

¿Es mejor un camino que otro si todos logran sus objetivos? El rumbo que eligen es tan solo una posibilidad entre miles. La suya.

Me gustaría contarles la historia de David y Emilio, dos hombres simpáticos que espero que el lector sepa disculpar. Su travesía, por ella misma, me parece digna de ser contada.

Pocas veces encontraremos después de una decisión importante una gran línea recta. David y Emilio se han bajado del tren. No se conocen y, lo cierto es que, posiblemente nunca lleguen a hacerlo. Han decidido cual será su camino y se preparan en el punto de partida. Se encuentran con la estación en curva.

LA MALA MUERTE EN MARRUECOS

I

Emilio ha estado a punto de morir en Marruecos. A su madre le preocupó, desde que supo que el próximo destino de su hijo sería Marruecos, la inseguridad que, según ella, y sin haber salido nunca de Torrevieja, se respira en ese país. “Los moros –decía Mariola con frecuencia- tienen la culpa de todo. Esa religión de mierda, tan rara, tan machista, con tantas prohibiciones...”

A Mariola, la madre de Emilio, le han llamado hoy desde Marruecos, a primera hora de la mañana. Su hijo está ingresado en el Teaching Hospital de Rabat. Emilio, Jefe del Instituto Español para el Desarrollo Sostenido en Rabat, apareció herido ayer en su domicilio junto al cuerpo sin vida – y desnudo- de un joven marroquí de diecinueve años, según había dado a conocer durante la madrugada la agencia de noticia oficial MAP, y como ha confirmado la embajada española instantes después de lo sucedido.

La policía de Rabat, le contó Sarita -la secretaria española del Embajador de España en Marruecos- a Mariola, encon-

tró en el piso del funcionario a un joven muerto de nacionalidad local, y de nombre Yusef. A su lado se hallaba Emilio Vega Rocabrava, malherido en la cabeza y con buena parte del cuerpo amoratado. Sarita, al tiempo que ha tranquilizado a Mariola, puesto que la vida de su hijo no corre serio peligro, le comenta que en ese mismo instante –mientras se desarrolla la conversación– se está realizando la autopsia que determinará las causas de la muerte de Yusef y que, sin duda, aclarará algo de lo que ha ocurrido en el domicilio de Emilio.

Mariola, después de un primer desmayo por la noticia, después de alguna infusión relajante y de su primera toma del día de Lexatín, se ha duchado. Al terminar se ha puesto unas gafas tipo *mosca*, quizá demasiado grandes para su edad y la huella de su cara, quizá demasiado modernas, y ha salido a la calle a pasear. Sarita, desde la embajada, le había dicho que hasta la tarde no volvería a ponerse en contacto con ella para contarle algo más que pudiera aclarar la situación, serenarla.

Mariola tenía la mañana libre. Salió rumbo a la playa. Pensó que el sol y el mar la tranquilizarían. Se dedicó a pensar en la inseguridad ciudadana, en cómo un moro de mierda había intentado entrar en la casa de su hijo para robarle y le había malherido. Mariola ya ha olvidado, si llegó a escucharlo, que el único muerto ha sido Yusef, un ciudadano marroquí. Desnudo.

Emilio llevaba tres años en Marruecos. Había cambiado bastante de ciudad, y aunque Rabat no era ni mucho menos la que él hubiera elegido para vivir, lo cierto es que se había adaptado con bastante precisión. No necesitó mucho tiempo para disfrutar, como un marroquí más, del sabor de los guisos, de las mezquitas, de los comercios...De la gente con la que trataba, con la que se cruzaba.

Emilio tiene cuarenta y tres años cuando le sucede este episodio. Hace pocos días ha sido su cumpleaños, pero nunca le ha gustado festejar nada.

Ha estado casado veinticuatro meses con Ana. Se conocieron en la universidad. Emilio la quería, y la quiere. Nunca estuvo enamorado de ella pero, junto a ella, la vida le era más fácil. Ana conseguía hacerle la vida agradable a Emilio. No tuvieron hijos. Ana los deseaba, como deseaba a Emilio. A Emilio, por el contrario, ni le interesaban los hijos ni daba demasiada importancia a las necesidades que Ana parecía reclamarle, por lo menos, una vez a la semana. Emilio, no sin dificultad, intentaba despistarla, y lo conseguía. En dos años fue capaz de unir dolencias, problemas de trabajo y cansancio físico. Todo esto, combinado con amabilidad y algún que otro regalo, le permitió postergar la sexualidad de Ana durante su matrimonio. Mariola, la madre de Emilio, nunca creyó que Ana fuera un buen partido para su hijo, así que cuando se separaron de mutuo acuerdo y civilizadamente, no le pareció que ningún desastre se le avecinara a su hijo. Esperaba que Emilio encontrara otra mujer. Una buena mujer. Definitiva.

No fue eso lo que siguió, casi de inmediato, en la vida de Emilio. La delegación de gobierno para la que trabajaba le propuso como director del Instituto Español para el desarrollo Sostenido de Managua; y, sin pensárselo dos veces, Emilio aceptó. Pensó que sería la mejor forma de dar un cambio a su vida, de poner sus cosas en orden, de alejarse de su madre, de las cosas de su madre, de su ciudad, de los amigos compartidos con Ana, de los amigos de su madre. A Emilio, según pensó de sí mismo el propio interesado, le iban a venir bien estas vacaciones. Su nuevo trabajo. Y se marchó.

No fue fácil adaptarse a una nueva cultura, a su actual puesto de trabajo, a su recién estrenada situación personal. A él mismo, a sus manías, a sus cambios de humor. Aunque Emilio había viajado por todo el mundo, y colaborado en mil proyectos por los puntos más remotos del globo, lo cierto es que ahora, a sus cuarenta y tantos años, las cosas las ve de otra forma. La tranquilidad, casi funcionarial, de la que Emilio había disfrutado en los últimos años en Bruselas, estaba muy lejos de sus aventuras pasadas por Rumania, Filipinas, Costa Rica, Hungría o Nicaragua...Un nuevo destino en Marruecos pintaba complicado. Había riesgos, y no ya por la ciudad, el idioma o las costumbres. Él era el problema. Había cambiado, y cada vez le costaba más estar abierto a escuchar a los demás, a entregarse y a confiar en que su trabajo podía salvar el mundo. Intentarlo. Le costaba creer que aún podía poner algún parche y hacerle la vida más fácil a mucha gente. El primer motivo que encontró Emilio para aceptar su nuevo destino fue huir. Una vez más. Cambiar de aires.

“El cadáver del joven fue descubierto por la brigada policial de Rabat cuando estos procedían a la evacuación de Emilio hacia el hospital”, le confirmó por la tarde Sarita a Mariola, la madre de Emilio, que se quedó algo más tranquila cuando la secretaria del Embajador la llamó para decirle que su hijo se estaba recuperando en el hospital, que aún continuaba sedado, pero que en las próximas horas se iría despertando. Después de oír esto, Mariola se sintió relajada, con la tensión por el suelo, feliz. No sólo por la mejoría de su hijo, que también, sino porque de esta forma no tendría que viajar hasta Marruecos, algo a lo que no había dejado de darle vueltas durante toda la mañana y que, francamente, no le apetecía lo más mínimo. Sarita también le informó que fue la

asistenta personal de Emilio, que le visitaba tres días por semana, quien le limpiaba y le guisaba, la que encontró el cuerpo malherido de su hijo, sin darse cuenta de la existencia de una víctima mortal en la vivienda. Sólo cuando llegó la policía, Fathma, que es como se llama la señora encargada del hogar del hijo de Mariola, supo que había un cadáver en la casa. Un cadáver que no distinguió en aquel momento, pero al que, horas más tarde, tendría que reconocer en el Instituto Anatómico Forense de Rabat. Yusef era su hijo.

Mariola, desde Torre Vieja y sin necesidad de interrogar a nadie, de tomar declaraciones o de buscar las preguntas para las respuestas, ya había concluido el caso. Su hijo había sido víctima de un sucio engaño de Fathma y del hijo de ésta. La mujer había facilitado la llave a su hijo para que entrara a robarle al pobre Emilio, tan confiado, tan fácil de engañar, a quien nadie tomaba en serio. Eso era todo. Sarita, una secretaria muy ocupada y sin muchas ganas de convencer a nadie, prefirió dejar a Mariola con sus ideas, sus cavilaciones, con las conclusiones que había conseguido deducir priorizando los puntos que más interés le habían generado. En sus conclusiones, no dijo nada del susto de la pobre asistenta, encargada de llamar a la policía; de la única víctima, el hijo de la asistenta, y del hecho de que en el domicilio de su hijo no faltara nada, no se hubiera sustraído nada. Pasó por alto a Yusef, el cuerpo desnudo del joven e incluso su muerte.

Mientras que el fallecido, que trabajaba en un restaurante cercano a la casa de Emilio, no presentaba ningún signo extraño de violencia, el cuerpo del otro hombre, Emilio, aunque con vida, había quedado muy desfigurado. Destrozado. El muerto parecía dormir plácidamente.

“Según los primeros elementos de la investigación, este drama podría estar ligado a un oscuro caso de moral”, ha informado la agencia de noticias oficial de Marruecos. Desde la embajada española se pide cautela y algo de tiempo, el necesario para que Emilio logre recuperarse y pueda aportar su versión de los hechos. Por ahora son estos los datos que Sarita puede contar a Mariola, y que ésta relata, a su manera, a las amigas que se reúnen esta tarde en su casa para darle ánimos y acompañarla. También les cuenta, a todas, que el mismo embajador, un hombre encantador y detallista, le llama cada hora para transmitirle toda la fuerza que necesita, para preocuparse por ella. El mismo embajador que la ha invitado a pasar unos días en la embajada, oferta que ella, evidentemente, ha declinado. El embajador, según ha contado Mariola a sus amigas, es un hombre viudo de unos sesenta y cinco años.

Mariola no ha dejado de pensar, durante todo el día, en lo que habría sido su vida si su hijo hubiera estudiado lo que ella le recomendó, si se hubiera casado con la hija de Luisa, una mujer que contaba con su aprobación, si hubiera cogido el puesto de trabajo que su tío le consiguió poco antes de morir... En ningún momento se le pasó por la cabeza los motivos por los que su hijo había decidido largarse de país en país, dejar su trabajo anterior, a su mujer, alejarse de su madre. Para Mariola, Emilio, su hijo, era un perdedor, un pobre hombre que posiblemente no sabría valerse por sí mismo cuando ella no estuviera. Una preocupación constante para ella. Apenas sabía nada de su hijo. Ni sus gustos, ni aficiones y, por supuesto, nada de los asuntos que le preocupaban. Nunca se había acercado lo suficiente al pecho de Emilio para, escuchando en silencio, disfrutar del ritmo de la vida de su hijo. De la música de su corazón. Mientras tanto Emilio continúa huyendo.

El problema de Emilio, lamenta Mariola a sus amigas, es que nunca quiso dejarse aconsejar por ella, que no fue capaz de dejarse aconsejar por ella, repite. Mariola entiende que por haber vivido más años, sorteado más obstáculos, se equivoca menos. Tiene más referencias que su hijo, más recursos y, sin el más mínimo ápice de duda, más probabilidad de éxito en cualquier empresa. A Emilio las charlas de su madre le hacían reír mucho cuando era algo más joven. Hacía algunos años que le irritaban, por lo que había optado por no darle pie a ello. Simplemente, no se producían. Se alejaron y, ahora Emilio, cumplía con su madre con una llamada cada veinte días, tres semanas para ser más exactos. Cada tres domingos. Llamaba siempre Emilio y se preocupaba por la salud de su madre, por sus amigas, por los baños en la playa o por las visitas al médico. Preguntas que le evitaban opinar. Emilio, por su parte, le contaba algo de las gentes de allí, de sus amigos, de cualquier nuevo plato que había probado y que seguro su madre no aprobaría, y poco más. El tiempo de uno y otro lado se llevaba dos minutos de los cinco que duraba la conversación. Un diálogo con buen tono, casi siempre bastante fluido, y liberador. Estando bien su madre, optimista, Emilio no se sentía responsable de nada. Buenos propósitos.

Llevan más de dos años sin verse, el tiempo que Emilio hace que está al frente del Instituto en Rabat.

Mariola ha llamado a todas sus amigas para contarles que un moro joven y su madre, la asistenta de Emilio, han intentado asesinar a su hijo. Que le han desvalijado la casa pero que, gracias a la policía española, han dado con el joven ladrón y su madre. También les ha contado que el joven, al verse acorralado, y ante la vergüenza, se ha suicidado. Mariola ha estado llorando toda la tarde delante del nuevo grupo de amigas. Se ha dejado consolar por ellas, lo mismo

que hizo la tarde de ayer, pero que ahora, parece no recordar pues les ha contado todo como si no supieran nada de lo sucedido.

Sarita ha llamado a Mariola a última hora de la tarde de hoy. Las señoras *bien* de Torrevieja se habían marchado hacía un buen rato y Mariola estaba tranquila, y relajada. Muy relajada, según palabras de la propia Sarita.

En la conversación Sarita le confirmó que Emilio mejoraba con rapidez, y que posiblemente mañana podría hablar, y contar lo sucedido. También le ha dicho que Yusef ha muerto asfixiado. Y que había restos en ambos cuerpos de haber mantenido una relación sexual la tarde de los hechos. Que Emilio no es sospechoso de nada, pero que la policía no deja de hacer preguntas a todos. Que tenga paciencia, que espere a mañana...

Al colgar el teléfono Sarita no sabe porqué lo hace, pero se ríe. Lo hace, vaya si lo hace. No puede evitar reírse.

Mariola está a punto de meterse en la cama y piensa lo desgraciada que ha sido en la vida. Lo desdichada que fue todos los años de matrimonio con Antonio, el padre de Emilio; las calamidades que ha vivido y lo aburrida que ha sido su existencia en Alicante, lejos de Galicia. Lo infeliz que le ha hecho ese hijo suyo, su único hijo, que siempre la mantiene al margen de todo. Se queja de su mala suerte en todo, algo que, al parecer, también ha heredado su hijo, víctima de un robo en el que han intentado asesinarle. Luego se durmió.

Los vecinos de Emilio han contado a la policía marroquí que en los últimos meses veían entrar y salir todas las tardes al joven Yusef de la casa de Emilio, por lo que cada vez está más claro que el joven conocía la casa, y que su visita a la misma era sobradamente autorizada. Consentida. Algunas

mujeres han dicho también a la policía que el joven no ha sido el primero en frecuentar la casa de Emilio, que otros muchos han estado viniendo antes. En orden, organizados en el tiempo. El joven pasaba un par de horas y luego se marchaba.

Nunca se oían voces, ni gritos, ni música...

En la casa del Director del Instituto Español para el Desarrollo Sostenido en Rabat no se han encontrado drogas, ni restos de sustancias por las que pueda ser retenido en Marruecos cuando despierte, contra su voluntad. Tampoco se ha descubierto en su ordenador ningún tipo de material por el que se le pueda condenar.

Emilio ha despertado esta mañana. Recuerda todo lo ocurrido. Sabe quién ha entrado en su casa, quién le ha roto la cabeza y golpeado hasta que no tenía más espacio libre en su cuerpo que destrozarse. Sabe quién ha matado a Yusef, pero nadie le ha preguntado por lo ocurrido. Se ha espabilado y sólo ha ido recibiendo la visita antipática de los médicos y enfermeras. Le han ido curando con cierta irritación y le han dado el alta cuando lo han considerado oportuno. Emilio quiere contar lo que ha ocurrido, pero es imposible cuando no hay nadie para preguntarte.

Sarita ha llamado a Mariola y le ha dicho que su hijo ha salido hoy del Hospital. Que está bien y que volverá al trabajo en unos días. Que puede llamarlo a su casa cuando quiera. Pero Mariola no tiene el teléfono de su hijo, así que deberá esperar a que él lo haga. Mariola está más tranquila, su hijo está a salvo, y los culpables del robo y la paliza en la cárcel.

Emilio ha llegado a su casa. Desde la embajada no hay preguntas. Sus cosas están como las había dejado. La casa ha

permanecido cerrada, oscura, y por eso huele un poco a polvo y a tubería. Tiene cuatro días para terminar de recuperarse antes de volver al trabajo.

Esta tarde la policía ha pasado por el domicilio de Emilio para decirle que el caso está cerrado, y que no tiene de que preocuparse. Para rogarle, con malas miradas que condenan, con unas pocas explicaciones que les cuesta pronunciar, que adecue su conducta a las normas locales. Y le recuerdan que Rabat es una ciudad pequeña, donde todos se conocen, por lo que le piden, con semblante serio, cargado de desprecio, con voz firme y amenazante, que el tiempo que aún le queda entre “esta gente” intente llevar una vida lo más tranquila y ordenada posible.

Desde la embajada –para la que, de alguna forma, trabaja Emilio-, no ha recibido ninguna llamada, y de sus compañeros, tampoco. Emilio, dentro de su casa, se siente vigilado por las vecinas y sus murmullos interminables, por un coche que lleva más de un día frente al viejo edificio de lujo, sin moverse y con dos hombres fijos en su interior, sentados. Inmóviles. Por la propia casa.

Esta noche, antes de acostarse, Emilio marca el teléfono de su madre, aún sin ser domingo, sin haber pasado veintiún días desde la última vez que hablaron. Al otro lado contesta Mariola, feliz de poder hablar con su hijo. La madre casi no deja hablar al hijo, y le advierte que está enterada de todo. Le ruega, aunque casi es una orden, que termine cuanto antes ese trabajo tan raro y que se vuelva a Torrevieja, donde se vive más seguro. Emilio no puede evitarlo y llora...Su madre camina sobre lo andado para decirle, para pedirle que no tenga miedo, que continúe con su trabajo el tiempo que aún le queda y que sea fuerte. Nunca ha sido agradable para Mariola consolar a su hijo.

No le gusta oírlo llorar. De hecho nunca antes lo había oído llorar. Emilio le cuenta que está roto, que no son sólo sus heridas las que le duelen, sino el crimen de Yusef, su amor, su ángel...Su muerte en manos de su propio padre que nadie quiere escuchar, que nadie quiere juzgar. Mariola le dice que no diga tonterías, que se duerma, que la fiebre le hace decir disparates, que será mejor que se meta en la cama, y que ya verá como se le pasa todo en un par de días. Que tome leche con miel y que se vaya a la cama. Que verá como todo se soluciona, que no tiene de que preocuparse; que duerma tranquilo, que los responsables de su robo están ya en la cárcel. Mariola le insta a colgar el teléfono, y le pide que no deje de llamarla en tres semanas, para no preocuparla. Emilio cuelga, y al hacerlo, vuelve a llorar. No tiene a nadie cerca para contarle lo que le pasa, para que escuche junto a él los aullidos de su corazón, que se desgrana de dolor. Desgarrado.

Mariola está más tranquila en su casa, aunque en un momento, y sin saber muy bien a cuento de que, le apetece llorar, y lo hace. Está sola, y se queja de no tener a nadie cerca que pueda abrazarla.

Emilio por su parte no tiene ningún deseo de quedarse en casa. Se le viene encima. Se le agolpan los recuerdos. Por eso sale y recorre los lugares de siempre; los almacenes donde comprar por un poco de dinero un rato de sexo, de caricias, de abrazos. Calor. El sexo para Emilio no va a añadir nada nuevo esta noche, pero lo necesita, hoy más que nunca, de forma compulsiva. Es mucho más fácil esto que mantener a alguien cerca con quien compartir todo lo que le preocupa. Por eso sale, lo consigue, y paga. Después regresa a casa.